

No me prives de tu piel



*No me privas
de tu piel*

Patricia Geller

Esencia/Planeta

© Patricia Geller, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Dima Sobko - Shutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: enero de 2016
ISBN: 978-84-08-14792-3
Depósito legal: B. 26.446-2015
Composición: Victor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Esta dedicatoria va para cada uno de los lectores que están ahí,
por leerme y dedicarme su tiempo. Espero que vivas y sientas
la historia con la misma emoción que yo al escribirla*



Agradecimientos



A cada uno de mis lectores que han apostado por la trilogía: *La chica de servicio*, publicada por editorial Planeta, en su sello Esencia. Para más tarde seguirme con *Culpable* y *No juegues conmigo*, lanzadas por Zafiro. Y espero que continuéis con *No me privas de tu piel...* Gracias por no dejar de acompañarme. Gracias al grupo de L@s Bipolares De Patricia Geller, en Facebook; sois grandes.

Nunca me olvido de mi familia y amigos. Por supuesto, tampoco de personas que han ayudado a que esto siga siendo posible: Noelia, Tiaré, M.^a Luisa y Esther, mi editora, gracias por la confianza en mí.



Ella te contará su presente...
Él te adentrará en su pasado...



Prólogo

Más decidido que nunca a tomar las riendas de mi vida, a salir de entre las sombras en las que me había visto obligado a refugiarme, entré en Prohibido, el famoso local de moda al que me había invitado Eloy Cárdenas, mi amigo, y, gracias a su generosidad, ahora mi socio. Lo conocía desde que éramos adolescentes, aunque habíamos perdido el contacto al acabar los estudios.

Sin embargo, como necesitaba huir con desesperación de la precaria situación económica en la que me veía envuelto, lo había buscado dos meses atrás, cuando me planteé retomar mi trabajo como arquitecto y afrontar mis problemas, recuperar mi fortuna y dejar al cobarde en el que me había convertido en el pasado. Recién divorciado, con treinta y dos años... y de nuevo solo.

Con toda la vida por delante. Un buen futuro. Grandes planes.

Ésa era la primera noche que, después de mucho tiempo, salía con la intención de disfrutar plenamente de mi libertad; una noche en la cual, y por fin, no me avergonzaba de tener la mejilla marcada, incluso me la dejé al descubierto; sin ser perfecto pero sin secretos, siendo yo mismo, tras tomar la desesperada decisión de poner punto final a mi calvario.

Me colgué el casco de la moto en la muñeca de la mano derecha y me peiné el pelo hacia atrás con los dedos. Quizá no iba de lo más elegante... pero sí cómodo. Camisa amplia de color crema, cazadora oscura, pantalón vaquero con algunas arrugas y botas negras sin abrochar.

—Entra —me invitó Eloy—. Mi «chica» —dijo en tono jocosos— ya está dentro, arreglando sus cosas. ¿Qué, con ganas?

—Me tomaré una copa y me voy. Mañana estaré temprano en el estudio con los últimos trámites.



—Anda, no seas amargado, ya me dirás luego si te quedas o no —se burló, entrando él primero—. Ya eres libre, que le den a esa tía. Además, por fin vas a conocer a Pamela, la tienes intrigadísima.

Reí sin ganas. Sí, el momento de coincidir con su novia se había postergado ocho semanas. Pero acababa de decidir que ya era hora de exponerme ante la gente con total naturalidad, y de enterrar los recuerdos de la fatídica noche en que mis planes se truncaron... Y, tras fracasar en dos relaciones, debido en cierta parte a ello, no podía seguir escondiéndome.

Dos mujeres: Viviana... y Eva Castillo.

Esta última mi ruina.

Después de los cambios habidos, iba dispuesto a acostumbrarme, a aceptar las reacciones de las personas al verme con la cara descubierta; era una prueba para mí mismo, lo necesitaba antes de enfrentarme a mi trabajo la próxima semana. De momento, no había notado rechazo y eso me daba cierta esperanza de poder hacer una vida normal.

—Y todo por la marca que tienes en la mejilla, ¿no? —aventuró Eloy. Resoplé, poniéndome la chaqueta de cuero—. Es una chorrada.

—No cuando se hizo.

—Pero ahora ya no te importa, si no, no saldrías... Lo hemos estado preparando todo, encerrados. Ya te has acostumbrado —insistió, haciendo un aspaviento—, si lo sabré yo.

—Lo estaba intentando hasta que me lo has recordado, Eloy. Te gusta tocar las narices.

—Un poco..., pero sabes que tengo razón.

Opté por ignorarlo.

—¿Qué te parece? —me preguntó él, señalando a su alrededor.

—Está bien. Diferente.

El elegante local se hallaba en las afueras de la famosa capital. Eloy me había comentado que Prohibido abría de viernes a domingo. Y siempre estaba abarrotado de un morbosos público.

Era amplio, con espacios abiertos. Los clientes lo pasaban bien, bebiendo u observando a las desinhibidas bailarinas, que



se contoneaban cargadas de erotismo y, por supuesto, ligeras de ropa.

—Un martini seco, por favor —pedí, sentándome a la barra. Me sentía agobiado al estar casi en la ruina. Creer que el dinero sería eterno y esconderme había sido mi gran error—. Doble.

—Otro para mí —dijo Eloy a mi lado. Lo miré de reojo y sonrió picarón—. Lo necesito para el aburrimiento —se excusó alegremente.

—¿Aburrimiento? —repetí. Y apostillé—: ¿Te aburres aquí?

—Sí, esto no es para nada mi rollo, pero mi «chica» —repetió la última palabra con aquel tono especial. «Pesado»— tiene una amiga que es bailarina y no quiere perderse su esperada actuación, ya que esta noche estrenan algo. No sé qué ni me importa... ¡Me cae fatal! En fin...

—Ya las conoces —respondí divertido y, curioso, añadí—: ¿Cuál es?

Enseguida torció el gesto.

—La amiga —aclaré divertido, alcanzando la copa.

—Está en el camerino, la Gata saldrá en breve. —Enarqué una ceja al oír el llamativo apodo—. Así la llaman. Se ha convertido en la mujer más deseada de aquí... No entiendo por qué.

Mi curiosidad aumentó a una velocidad de vértigo.

—Ahora la verás —dijo, levantando el vaso—. Bienvenido, Leo, no seas nenaza y tíratela, que tiene pinta de ser muy fogosa.

—Paso...

—¡Cómo está de disciplinado mi querido arquitecto...! Te hace falta una buena noche de sexo. Sí, sí —se rio—, cómo echaba de menos estos momentos.

—Por nuestra amistad. —Chocamos las copas para brindar.

—¡Porque esta noche pilles y metas hasta el fondo!

Negué con la cabeza, mojándome los labios.

—Por cierto —me dijo más serio—, tienes la tarjeta de crédito de la empresa a tu total disposición; utilízala como quieras y para lo que quieras.

—Gracias —susurré asqueado—. La casa está en venta, espero encontrar pronto un comprador.



—Pues es cara, ¿eh? Pero ¡he dicho que no te preocupes, hombre! Me dio un apretón en el hombro. Yo opté por beber y olvidar.
—¡Ya estoy...! —Una voz femenina se interrumpió en seco. Miré detrás, encontrándome con una rubia que nos sonreía a los dos—. Perdón —se excusó con Eloy—, no sabía que estabas acompañado... Soy Pamela. —Me saludó con la mano y añadió—: Ya va a salir mi gatita.

«¿Gatita?»

—Leonardo Ferrer... —me presenté cortés, sin decir nada de su amiga.

—Ay, Pam —suspiró Eloy—. Ve preparándote —le susurró luego—. Tenemos una cita, no te olvides.

—No. —La cara de Pamela cambió y, al mirarme de nuevo, se percató de la marca en mi rostro. Me incomodó, aunque lo disimulé y ella trató de hacer lo mismo—. No sabes cuántos regalos le han llegado, ¡el camerino está lleno!

Sonré, rascándome la nariz y conteniendo una carcajada, pues Eloy la estaba ignorando mientras ella, ajena a eso, parecía entusiasmada con los obsequios de su amiga. Pamela era guapa, con buen cuerpo y cursi. Menuda joya.

—Voy a arreglárselo un poco. —Caminó dos pasos hacia atrás, despidiéndose con la mano, y al tercero se cayó sentada en una silla.

»¡Coño! —exclamó.

—Anda, ve, anda. —Eloy la ayudó, soltando otro largo suspiro—. Te espero, cariño.

—Sí...

Habría que ver cómo era la amiga, pensé, pidiendo otra copa, a punto de reír.

La música empezó a sonar, al principio baja, pero poco a poco fue subiendo de tono. Me tomé el martini doble, aunque dejando pasar los segundos entre trago y trago, pues ya no bebía como antes, y, girando el taburete, paseé la mirada por un grupo de mujeres que salían juntas al escenario.

Eran unas cinco. Todas altas, atractivas... engreídas... Se notaba que el club era de nivel, es decir, un sitio selecto y exclusivo.



¡Un momento!

De pronto mi cuerpo se alertó, haciendo incluso que me levantase del asiento y cobrando vida propia. La bilis se me subió a la garganta. El corazón me dejó de latir. No, no podía ser cierto. Entrecerré los ojos, confirmando cruelmente mi alucinación. Un intenso dolor se abrió paso en mi pecho y me desgarró por dentro.

Me quedé atónito al ver a una de las bailarinas. Me impactó, me impresionó, pues la conocía muy bien. A ella, sus curvas y su ahora iluminada y renovada mirada... De la que muchas noches me había privado, aun estando juntos en el mismo espacio.

Por un segundo no supe cómo actuar... hasta que reaccioné. Era ella.

Tuve ganas de subir y pedirle explicaciones, gritarle que no tenía derecho a estar contenta cuando yo, por su culpa, lo había intentado con otra sin conseguir nada, por haberla dejado ir con él.

Parpadeé no sé cuántas veces, rompiéndome en pedazos. Pero no se evaporaba, era una realidad que había necesitado con desesperación y a la que me había impuesto no volver a ver... Odi encontrarla allí. Provocándolos a todos, riéndose.

—No me lo puedo creer. —Eloy rompió a reír—. ¡Qué rápido has sucumbido! Se te cae la babita... Anda, tíratela. Es morbosa, seguro...

—¿Se acuesta con los clientes? —pregunté, estático y descompuesto. Tuve que agarrarme a la barra, pues mi cuerpo sufrió un bajonazo, incluso sentí arcadas ante su desvergüenza. La diversión se acababa—. ¿Eloy? —reclamé.

—Que yo sepa, no. Va de digna.

Intenté evitarla desviando la mirada, pero sin conseguirlo. Con ella sólo una vez había tenido poder de decisión sobre mis acciones. Mis ojos no podían apartarse de Eva, aunque sufría al verla. Llevaba una falda muy corta, azul eléctrico, a conjunto con un top que marcaba a la perfección sus exuberantes pechos, muy juntos y subidos. Acentuando su explosivo escote, el canalillo... con la perfecta ondulación de un seno al otro.



Sus ojos grandes, azules y perfilados con un intenso color negro. Labios rojos, generosos y sensuales. Un color que le gustaba... Mi cuerpo llevaba la prueba de ello. El cabello de color de chocolate, a la altura de los hombros y alborotado como el de un león. Salvaje. El calor que empezó a recorrer mi cuerpo se hizo insostenible. Me sentía ardiendo y a punto de explotar. Imágenes calientes del pasado me asaltaron sin control. Sin compasión.

Imágenes de Eva confesando su amor por otro. Su... engaño. Y me dolía.

—¡Venga, lánzate! —me empujó Eloy.

—No seas pesado —gruñí, apartándolo.

La curva del vientre plano de Eva, bien trabajado, como yo le había enseñado a hacerlo, casi me hizo perder la cabeza de deseo y decepción. Aquella cintura seguía siendo un pecado, decorada con purpurina, sin permitir que su color de piel bronceado deslumbrara por sí solo. Me puso cardiaco, no sólo por el precipitado calentón, ya que aunque allí había muchas más mujeres con las que poder desahogarme, yo no deseaba a otra: ella era única.

Había sido mi salvación, algo muy mío; por mí aprendió a cuidarse, a quererse. Ambos nos enseñamos a aceptarnos tal como éramos. Fue mi fiel compañera en la intimidad... Eva Castillo.

La mujer a la que había echado de mi vida tras un descontrolado y desmesurado encuentro sexual. La humillé, le hice daño, la avasallé con palabras y con las exigencias de aquella loca madrugada... en la que descubrimos mucho más de lo que debíamos saber. Me hizo daño conocer detalles y mentiras.

No volvió tras pedírselo yo, y quise creer que sería lo mejor.

«Qué equivocado estaba.»

La miré abiertamente y estuve a punto de darme cabezazos contra la barra. ¿Cómo podía haberse recuperado tanto? ¿Pensaría aún en mí? Cerré los puños y me contuve para no subirme al escenario y llevármela de allí, aunque fuera a la fuerza. Y obligarla a recordar lo que vivimos juntos. Las eternas noches de pasión, la forma en que su cuerpo reaccionaba a mis caricias, pidiendo cada vez más. Ahora no era ella... ya no la reconocía.

—Esto no puede ser... —siseé.



—¿Qué?

—Nada, Eloy —mascullé destrozado—, pídemme otra copa, por favor.

—Pero ¿qué pasa? ¡Me parto de risa!

Eva se colocó en el centro del escenario con las piernas separadas, de espaldas a todos los que la mirábamos, destacando por encima de las demás. Soberbia, juguetona... e irreconocible. Una diosa. Empezó a mover las caderas, a sacudirse, provocando sensualmente a los hombres, que gritaban por ella.

Los celos empezaron a apuñalarme como cuchillos afilados.

—¿Está con alguien? —le murmuré alterado a Eloy, quien se volvió al mismo tiempo que yo la apuntaba con el dedo.

—No, hace meses que lo dejó con su novio. Creo que se llamaba Abel... —aclaró, sin dejar de descojonarse—. Soltera y entera. Vací los pulmones. ¿No había vuelto con él?

—Joder, Leo, te acabas de separar.

—¿Y qué? —mascullé.

—¿De verdad quieres complicarte la vida? Te recuerdo que es amiga de Pamela, que estará cerca. Es complicado para querer sólo una aventura... Es más lioso que todo eso. Leo, ¿me oyes?

—¡Que sí!

—¡Vaya! Joder, con Eva.

La recordaba cada noche... Dejó huellas, muchas. También me hizo daño, me traicionó mientras estaba en mi cama, originó un rencor que nunca conseguimos olvidar los dos y que me empujó a comportarme como lo hice. Experimentaba por ella sentimientos que rozaban la obsesión, intensos, que se convirtieron en agonía al perderla. Traté de mantener la calma, de pensar que podría estar bien con otras. En medio de aquella oscuridad en la que nadie podía verme.

A ciegas, igual que con ella, pero nada funcionó.

Por su culpa, para borrarla de mi vida, me casé con una mujer que me hizo daño... Y que no me hizo sentir como Eva, pues, cuando la tocaba, era a ella a quien veía, su dulzura, la que ahora parecía haberse evaporado encima de aquella tarima, mientras se contoneaba para los demás.



Hacía dos meses que había tomado la determinación de recuperar mi vida sin la máscara que ocultaba mi cicatriz. Eva ya estaba olvidada. Pero esa noche, al volver a verla, mi mundo dio un vuelco, se distorsionó y mis planes cambiaron. Sin salida. No podía negármelo ni cometer otro error: la necesitaba, la echaba de menos aunque no sabía hasta qué punto. No tenía ni idea de qué sentía, pero lo averiguaría al precio que fuese. Lucharía.

Darí marcha atrás a todos mis planes. Necesitaba saber qué pasaría, qué sentiría al volver a tocarla. Me escocían las manos ya de pura necesidad...

—Anda, bebe —me incitó Eloy.

Cogí la copa a tientas, fatigado.

—Por Dios, ¿qué tiene esa tía? —se quejó.

—No lo sé... pero quiero conocerla cuanto antes.

A ella no podía decirle que yo era el mismo hombre al que acariciaba a oscuras, al que se entregó durante cuatro meses, casi todos los fines de semana... en una habitación... Tenía que ganármela sin confesarle que era aquel que la había lastimado, o no me daría la oportunidad ni me perdonaría. Un poco de misterio tampoco nos vendría mal. Ella se había construido fácilmente otra vida en la que no había sitio para mí, mientras yo la añoraba.

«¿Cómo será su vida?»

¿Le gustaría sin la negrura que antaño nos envolvía?

Ahora sería yo, con luz, y sin máscara... no me reconocería.

Sin recordarle al hombre que le había hecho daño, recuperando al Leonardo que fui mucho antes de conocerla: directo, aunque dando una de cal y otra de arena... Jugando con ventaja y a la vez propiciando que me necesitara. De ese modo y poco a poco conseguiría que dependiera de mí... de nuevo. Hasta recuperarla si confirmaba que no soportaba alejarme otra vez de ella y, entonces, no volver a dejarla escapar.

¿Y si no quería estar con ella más allá del sexo?

¿Y si con una noche me bastaba para descubrir que sólo quedaba algo de deseo y nada más? Que ya no existía aquella especie de magia, como antes... Pero ¿y si me quedaba enganchado de Eva más que antes? Tendría que luchar...



Y si luchaba lo haría con las ideas claras, así lo olvidaría a él, sería completamente mía, no sólo físicamente. Me impondría a mis propias decisiones. A mi orgullo. Eva había sido mía... pensando en él, pero eso me bastaba.

La máscara y mi voz susurrante, baja, la oscuridad ocultándole quién era yo... ¿Y ahora? Desde aquel mismo momento, aprovecharía para poner mi plan en marcha. Averiguaría si entre nosotros seguía habiendo algo... Algo profundo más allá de mi anhelo o de una mera obsesión por el simple hecho de no tenerla.

Vería si podría pasar al olvido con una sola noche de intimidad, cuando se entregara a mí tan fácilmente como me temía que podría suceder con aquella nueva Eva a la que, por más que contemplara, seguía sin reconocer.

—Preséntamela —le ordené a Eloy sin mirarlo.

—¡Lo sabía! ¿Un babero?

—¡Eloy! —exclamé cerrando los ojos, prohibiéndome ver cómo aquellos babosos se la comían con la mirada—. Ya basta, tío. Quiero conocerla.

—Ya veo. —Suspiró—. Tranquilo, Pam y yo tenemos previsto dar una fiesta para la inauguración de nuestro negocio, y de paso daros una noticia —explicó, mientras me apretaba el hombro de nuevo, ahora más serio—. Déjame unos días para que lo organicemos todo y el próximo fin de semana podrá ser toda tuya.

¿Podría esperar? Tendría que fingir que no la conocía. ¿Podría? Y solo... No. No podía seguir aparentando sin tener ningún apoyo.

—Eloy, tengo que contarte algo. —Él asintió extrañado. Me acerqué y le advertí—: No puede saberlo tu novia.

—Tranquilo, si es de Eva, por supuesto. No la trago.

Carraspeé incómodo.

—Conozco a Eva y necesito tu ayuda.

Le conté cómo aquella mujer había llegado a mi vida... y que verla allí me estaba consumiendo. Que seguía siendo mi debilidad y que no sabía si la quería de vuelta.





1



La nueva Eva

¿Qué es lo que suena? ¿Estoy soñando que tengo frío o...? Mejor sigo durmiendo. ¿O estoy despierta? ¿Qué aturdimiento! Sí. Definitivamente, tengo frío y también sueño... Tiro de la fina sábana y me cubro hasta la barbilla, acomodándome mejor en la cama. Qué gustito. Espera, ¿ya es de día? Abro un poco el ojo derecho, el otro se resiste, pegado como está.

La persiana casi bajada, lo suficiente para que no entre ni un leve rayo de luz. Miro el despertador que tengo en la mesilla, en el lado izquierdo. ¡Oh, no! Le doy un pequeño golpe, lo apago y, desmadejada, intento sentarme medio recta. Me cuesta.

Estiro los brazos, me desperezo. Entonces oigo un ronroneo cerca de mis pies. Bajo la mirada y le sonrío a la bola de pelo blanca que me mira como quien no quiere la cosa.

«¿Será posible?!»

—*Miau*, ¿cuántas veces te he dicho que en mi cama no? —lo regaño con voz mandona. Cierra los ojos y yo, por fin con los míos abiertos, gateo por el colchón hasta llegar a su lado. Lo beso—. Buenos días, gatito desobediente.

Vuelve a ronronear y yo a besarlo con ternura. Hace un mes que lo tengo y nos llevamos muy bien. Me hice cargo de él al encontrarlo cojeando en la calle. No pude abandonarlo y ahora es mi nuevo compañero de piso.

—Hora de ponerse en marcha —le anuncio.

Me levanto de la cama echándole un vistazo a la hora. Son las ocho de la mañana. He tenido una noche mala, no sé por qué apenas he pegado ojo. Precisamente ahora que desde ayer estoy más relajada, ya que mi padre ha decidido irse un mes a Barcelona, con unos familiares, aliviándome de la carga que me supone a





veces su presencia. Nuestra relación es fría, cada día más inexistente... por sus problemas con el alcohol tras la inesperada marcha de mi madre.

Voy al baño, que tengo al fondo de la habitación, para darme una ducha rápida. Tengo todo tipo de jabones, y de los más diversos aromas, aunque siempre elijo el olor a vainilla, mi favorito. Me quito el delicado camisón de seda, pensando que no sé por qué he pasado tanto frío, si apenas estamos entrando en el mes de septiembre.

Una vez en ropa interior, me doy la vuelta y evito mirar en el enorme espejo las dos cicatrices que tengo en el cuerpo: una en la espalda y la otra en la ingle y destierro los malos recuerdos.

—¡Ya! —grito. No quiero lamentarme—. Soy la «nueva Eva» —me digo—, estoy sobreponiéndome poco a poco

Me quito las braguitas de encaje negro y las dejo caer junto al retrete. Antes de abrir el grifo, me quedo como mi madre me trajo al mundo. Pero a lo lejos oigo que suena mi móvil. ¿Quién será tan temprano?

Vuelvo al dormitorio, desnuda, y miro la pantalla. ¿Pamela a estas horas? Preocupada, le doy a responder.

—Hello? —saluda mi mejor amiga, cantarina. Niego riendo, relajándome—. Señorita Castillo, ¿cuándo dispondrá de tiempo para mí?

—Hmm. Rápido, he de ducharme, desayunar, comprar té...

—¡Stop!

Me taladra el tímpano. Pongo los ojos en blanco, porque así es ella de desesperante.

—A ver, ¿qué pasa ahora? —pregunto, y como sé que tardaré, voy sacando mi atuendo del día del vestido—. Soy toda oídos.

—Te tengo una sorpresa —comenta riendo—. ¿Quieres oírla?

—Pam... —la regaño, mientras rebusco entre las perchas—. Tengo prisa, por favor. ¿Quedamos a las nueve menos cuarto en la cafetería de siempre?

—Eva...

—No, Pam —la interrumpo. Cojo una camisa blanca con volantes en la pechera y una falda recta de color negro. Salgo del



vestidor, dejando ambas prendas sobre la cama—. Son diez minutos de ducha y mientras me termino de secar el pelo, maquillar, etcétera, otros diez. Quince en llegar con el coche hasta allí. Me sobran diez para desayunar.

—¿Eso lo has mirado en tu agenda? —me dice con malas maneras—. Eva, ¿necesitas controlarlo todo hasta el punto de anotar cuándo has de ir al baño? ¡Por Dios!

—Me gusta organizarme, nada más —contesto yo—. ¿Sí o no? —¡¡Vale!!

—Hasta ahora —me despido riendo.

La adoro. Somos amigas desde que éramos una crías, es la hermana que nunca he tenido, y creo que yo también lo soy para ella. Sin Pamela no sé qué haría, aunque me sienta culpable al no confiarle a ella plenamente... como hacíamos antes de que todo sucediera. O como ella sigue haciendo conmigo.

Lanzo el teléfono a la cama, saco las medias del cajón y me encierro en el baño. Al entrar en la ducha, no me paro a pensar, no tengo tiempo. Abro el grifo del agua caliente. Me lavo el pelo y cuando toca el cuerpo me lo froto hasta enrojecerme la piel. Hasta que me duele como si me la estuviera arrancando a tiras.

Nadie sabe cuánto me avergüenzan las dos cicatrices, cuánto me agobian las sensaciones que aún me asaltan de la noche en que me las hice. De hecho, nadie las ha visto.

Por fin, salgo de la ducha y a toda velocidad termino de prepararme. Me seco el pelo, con la raya en el lado izquierdo. Me pinto. Me retoco las uñas, delineando perfectamente los bordes. Cojo un pañuelo para el cuello, me calzo los zapatos de tacón de aguja y, tras despedirme de *Miau*, salgo de casa con mi recién estrenado y caro coche.

¡Uau! Últimamente no me importa derrochar, para eso tengo dos trabajos. Aunque la realidad me golpea. No entré en Prohibido con la intención de ganar dinero, sino para sentirme deseada, para obligar a mi cuerpo a que vuelva a sentirse vivo, a excitarse... Sin embargo, a día de hoy no he obtenido resultados. Estoy fría, seca. He dejado de sentirme mujer. Desde aquel maldito día en que... Sacudo la cabeza con una mueca amarga al recordar la pa-



labra «frígida» y estaciono el automóvil en el garaje del edificio al que hace meses trasladé mi inmobiliaria.

En poco más de un minuto entro en la cafetería *Café y Té*, de la calle *Esparteros*, en Madrid. Nada más cruzar la puerta, me encuentro con Pamela, sentada a una mesa junto a la cristalera, con el móvil en la mano y riendo. Se me escapa una sonrisa al verla tan entusiasmada. Es rubia y lleva el pelo corto. Tenemos casi las mismas medidas, aunque ella es mucho más simpática y más provocativa que yo a la hora de vestir.

—Gatita —me dice al verme. Se levanta, contenida, tirándome del brazo. Me da un beso cariñoso y nos sentamos rápidamente. Arqueo una ceja, no estoy acostumbrada a tanta urgencia por su parte—. Empiezo a trabajar. Me he animado con un proyecto. ¡Fuera los miedos!

—¡No me digas! —Asiente y yo finjo aplaudir, ilusionada, sin darme cuenta de que la gente nos mira debido a su alegre grito—. Eso es fantástico, Pam. ¿Cómo ha sido? Qué callado te lo tenías, ¿eh?

—Te he pedido un té verde —me dice sonriendo. Le guiño un ojo agradecida. Me tiene loca, porque la quiero más que a mi vida—. Eloy me propuso hace un par de meses algo que no he podido rechazar. —Me deja sorprendida, ya que no soporto al cerdo de su novio—. Un negocio juntos, y con su nuevo socio, claro... Se llamará Estudio de Arquitectura y Diseño CFS.

—¿Qué es eso? —pregunto incrédula, cogiendo el té que me ha servido el camarero. A Pamela chocolate con nata.

—Las iniciales de nuestro estudio, por nuestros apellidos. Cárdenas, el de Eloy. El de su socio era... —Se queda pensativa—. Fe... bueno, no me acuerdo. Y el mío, Sánchez. Me encargaré del diseño, como ya puedes deducir. Trabajaremos juntos.

Arruga la frente. No sé qué decir. Ayer mismo me comentó las dudas que tiene acerca de su relación con Eloy. Que él le había propuesto hacer un trío, después de ver cómo ella se enganchaba a una famosa trilogía erótica... Mencionó incluso la posibilidad de romper con él. No entiendo nada.

Tomo un sorbo de té, mirándola a través de las pestañas.



—Sé lo que me vas a decir —murmura, removiendo el chocolate—. Pero tranquila, sé lo que hago. Dame unos días y lo entenderás.

Suspiro un poco mosca al intuir las intenciones de Eloy. La está atando a él a través del trabajo, para que no lo deje.

—Tú verás —mascullo.

—Bueno, la cuestión es que quiero invitarte a la inauguración. Daremos una pequeña fiesta y no puedes faltar.

—Depende de cuándo sea —le contesto, mirando el reloj; ya son las nueve menos diez pasadas—. De lunes a viernes tengo la inmobiliaria, con horario partido. El sábado por la mañana hago la compra de casa. El gimnasio a diario, no puedo faltar si quiero mantenerme en forma, y Prohibido es...

—... es el sábado por la noche. Ya he hablado con Oliver, tu jefe. —La miro con cara de pocos amigos. Ella me coge la mano y se inclina hacia adelante. Al apretármela me ablando. La quiero demasiado—. Es importante, Eva. Oliver no me ha puesto ningún inconveniente, sabes que lo tienes loco.

Me niego a tocar ese tema. Me suelto la mano, incómoda. Me termino el té y me levanto apresurada, sacando de mi bolso el dinero para pagar el desayuno, antes de que lo haga ella.

—Iré —accedo gruñona—. Pero porque sé lo importante que es para ti. ¿Y dónde será?

—Espera, te acompaño y te cuento —dice, también ella apresurada, dejándose media taza de chocolate. Me extraña, ya que es muy golosa, pero no le digo nada.

Se agarra de mi brazo, sonriente.

—¿Qué? —refunfuño.

—A ver, lo primero es que no te enfades.

«Ya estamos...»

La conozco y, antes de que, en efecto, me enfade, saco de mi bolso el mechero y un cigarrillo, que enciendo bajo su cauta mirada. Me está cabreando. Lo sabe y por eso sigue sin hablar. Sólo me mira haciendo un medio puchero, hasta que desvía la mirada al frente. Sigo la dirección de sus ojos y me encuentro con nuestra amiga Rebeca, que viene corriendo, en chándal.



Es la más deportista de nuestro grupo.

¿Qué hará aquí?

—¡Esperad! —grita, y al llegar a mi lado se pone las manos en las rodillas. Ahogada—. ¿Ya se lo has dicho, tía? —le pregunta a Pam.

—No... —responde ésta.

—Dejaos de tonterías ya, ¿vale? —las amenazo, dando caladas cada vez más seguidas—. Rebe, ¿no tienes que trabajar en la peluquería?

—Sí, pero... —Se calla, supongo que al ver mi cara, que se transforma de pronto al mirar lo que está sucediendo detrás de ella.

«¿Qué es esto?»

Ignorándolas a las dos, doy un paso al frente, hacia mi inmobiliaria, que está en la planta baja, a pie de calle. Arriba hay dos plantas más que no están ocupadas. Según me dijo Eloy, mi arrendador, el edificio seguiría vacío para mí, pero veo que están metiendo mobiliario: mesas grandes y estanterías. Está jugándomela pero bien.

—¿Para qué es todo eso? —le pregunto a Pamela, sin mirarla.

—Mira el letrero... —deja caer. De fondo, oigo la carcajada de Rebeca—. Estaremos en la primera planta, la segunda de momento sigue libre.

ESTUDIO DE ARQUITECTURA Y DISEÑO CFS.

No puede ser. Siento que me hierve la cara por la sangre que acumulo. Por el cabreo tan de buena mañana. Me doy la vuelta, acusándola con la mirada. ¿Cómo ha sido capaz de no avisarme? Sabe que no soporto a Eloy y encima ¡trabajaremos en el mismo edificio! Le pago por transferencia para no tener que verle la cara y para no molestar a mi amiga con nuestros piques, y ahora me la juegan de esta manera... ¡Esto es el colmo!

—Traidora —digo, señalando el camión de la mudanza—. Me lo prometió, Pam. No es justo, lo sabes.

—Nos veremos a diario, Eva. Míralo por el lado positivo.

—Ah, pero ¿lo tiene? No me había dado cuenta —replico irónica.



Mi amiga se cruza de brazos, haciendo el típico sonido con la garganta de cuando está mosqueada o nerviosa. Yo chirrió los dientes, mi forma de demostrarle que también estoy enfadada. Rebeca se lo pasa bomba, tanto que me quita el cigarrillo sin dejar de reír como una loca.

—Ahí os quedáis. —Me doy la vuelta, mientras saco la maldita llave del bolso, que, con tantos productos de higiene, parece el de Doraemon—. Ya os vale.

—¡Buen día, chula mía! —se regodea Rebeca, y agita el cuerpo haciendo la ola... haciendo la tonta, vamos—. Qué guapa va, ¿verdad?

—Ajá, siempre elegante... —masculla Pam.

Encima se enfada. Y sé que ninguna de las dos daremos nuestro brazo a torcer ahora. Chocamos tanto como nos queremos.

De mal humor, cruzo las puertas de la inmobiliaria. Todo está recogido, ordenado. Huele a limpio, a fragancia de lavanda. El local es pequeño, con lo necesario para hacer mi trabajo, aunque tengo una habitación, con baño, para descansar. Encabronada aún, me siento detrás de mi escritorio. Me quito el pañuelo, la chaqueta y los dejo en el respaldo de la silla.

A la defensiva, miro por la cristalera, pero mis amigas han desaparecido sin ofrecerme una disculpa. El tramo de acera está solitario, únicamente veo el dichoso camión que me ha dado el día.

«Me las van a pagar», me digo quisquillosa.

Me pongo cómoda mientras enciendo el ordenador. Hoy es lunes, la mañana será tranquila, de modo que aprovecharé para poner al día el papeleo y organizarme un poco. He de revisar unos contratos de alquiler y de compraventa de dos adosados.

¡Mierda!, se me ha olvidado traerme un té para tomar aquí. En fin, me agacho para coger los papeles del cajón, pero al levantar la cabeza y mirar de nuevo fuera a través de la cristalera, por la derecha veo a un hombre alto que se baja de una impresionante moto y viene directo a mí.

Camina seguro, con andares chulescos, decididos.

«¿Quién será?», me pregunto, sin quitarle ojo.

Moreno, de ojos oscuros. Con el pelo peinado hacia atrás, no



demasiado corto y sin engominar. Lo sigo mirando, ya que no puedo apartar la vista. Es alto, fibroso. Se afloja la presión del ajustado pañuelo que lleva al cuello, más inquieto según avanza. Parece molestarle el pañuelo, porque lo sacude de un lado a otro, se comporta como si le sobrara la ropa.

Qué botas tan rockeras, ¡me encantan!

«Vaya. ¡Qué pillada!, joder.» Me percató de que también me está mirando con descaro, igual que yo a él, y mi cuerpo se estremece, sin una explicación razonable, al sentir sus ojos clavados en mí. Se para justo en los escalones de la entrada, se pasa una mano por la nuca y suspira. Tiene los labios gruesos, poca barba. Al oír la puerta, dirijo la vista al ordenador, fingiendo que no estoy como un flan.

«¿De verdad me he puesto así? ¿Qué me pasa? Qué estúpida.»

Me tiemblan las manos, no atino con ninguna letra del enorme teclado.

—Buenos días —saluda él al cruzar la puerta. Qué voz tan grave. Me atrevo a levantar la vista, pero mi corazón se acelera a una velocidad que no entiendo y opto por mirarlo sólo de reojo—. ¿Puedo sentarme? —Señala la silla frente a mí.

—Buenos días. Sí, pase —le digo, ofreciéndole asiento.

Doblo las piernas para relajarme o para tratar de hacerlo. No lo consigo. Terminó cogiendo aire y echándole ojeadas a cada segundo. Él se sienta cómodamente y se queda mirándome. Esperando que yo hable. No puedo.

Su mirada es profunda, penetrante. Veo que tiene una cicatriz en la mejilla derecha, no muy marcada aunque visible. Carraspea, creo que quiere llamarme la atención por mi indiscreción, y se remueve incómodo en el asiento porque yo no hago caso.

«No tengo por qué», me digo, obligándome a salir del estado de ensoñación por el que, tontamente, he sido abducida.

—¿Le da asco? —me espeta él al final, mientras se señala la mejilla.

Me deja atónita. «Qué sincero.»

—Por supuesto que no.

—Déjelo ya entonces —pide con desgana.



—Perdone, estaba pensando en... —me excuso al tiempo que señalo los papeles. Él asiente sonriendo, y me muestra unos bien alineados dientes blancos. No puedo evitar agarrotarme. Me paso la mano por la cara un momento, espabilándome de una vez—. Dígame, ¿en qué puedo ayudarlo?

—¿Podemos tutearnos? —pregunta sin rodeos, dejándose caer hacia atrás, con las manos apoyadas en los brazos de la silla.

—Claro, supongo —respondo seria—. ¿Y bien?

—Estoy buscando un piso por el barrio de Salamanca. Alquiler.

Me remuevo en el asiento, es directo y no sólo eso. Lo ha pedido en mi zona. ¿Vamos a ser vecinos? Espero no tener tan mala suerte. Eloy y ahora esto. Empiezo a creer que se trata de una conspiración. No me encuentro bien, cuanto más lo miro... más se me acelera el pulso. Me noto la vena del cuello palpitante.

—¿Me has oído? —pregunta. Me mira curioso, sometiéndome a un escrutinio continuo. Yo termino asintiendo con la cabeza, con un gesto un tanto confuso. Así me siento—. ¿Entonces? Parece que se te haya comido la lengua el gato. ¿Todo bien?

—Perfectamente. Pero estoy pensando en cosas importantes —añado molesta—. Tengo que mirar. Si te parece bien, coge este catálogo —lo empujo a su lado de la mesa— y dime si es lo que buscas.

Con un dedo lo arrastra hasta tenerlo en su poder y, mientras lo mira, yo me fijo en él. Está concentrado en las imágenes, aunque parece distraído, pensativo. En una de éstas, levanta la vista sin pensar que lo pillaré y se encuentra con la mía. Sacude los hombros, el pañuelo del cuello vuelve a molestarlo. Aunque parece una contradicción, su expresión es serena, con los ojos entrecerrados. ¿Me está evaluando?

Hay algo en él que me incomoda, que me eriza la piel. Incluso tengo frío. No sé si es su forma tan profunda de estudiarme o de sostenerme la mirada.

—¿Tú ya lo has visto? —me pregunta, con un tono bastante demandante. Casi alto. Niego y él señala de nuevo el catálogo—. ¿Lo alquilan tal como está?

—Déjame ver.



Ladeo la cabeza y al intentar atraer el catálogo, rozo su dedo. Salta una chispa eléctrica que me obliga a apartarme de él. Frunce el cejo y sé que es porque él también la ha sentido. No me lo he inventado. Me recorre todo el cuerpo, el calambre me avasalla y hasta estoy a punto de pegar botes.

¿Qué demonios...? «Ya basta, Eva, piensa y repite: no-te-afecta.»

—¿Sí o no? —insiste lentamente, con voz muy suave.

—Sí —respondo, dejando las estupideces a un lado. Nunca más volverá a intimidarme ningún hombre—. Pero permíteme comprobar que no lo he alquilado o vendido. Tengo dudas.

—Y novio, ¿tienes?

—¿Perdona? —murmuro, y me pongo recta.

Él sonríe, esbozando una atractiva sonrisa, metiéndose el labio un poco hacia dentro al hacer el gesto. Espera, ¿me está retando? ¡¿Qué se cree este idiota?!

—Oye, no te equivoques. ¿Has venido por el piso? Porque para tonterías no estoy disponible.

—Por el piso, pero no esperaba encontrarte.

—Has tenido suerte —gruño crecida.

—Aún tengo que averiguarlo. —Se inclina hacia mí, atreviéndose—. Quizá la suerte sea tuya.

—Seguramente —murmuro irónica. Está a punto de sacarme de quicio—. Soñaba con un cliente como tú.

—Y ya estoy aquí.

¡En fin!

Carraspeo, y me pongo con el ordenador o lo tendré que mandar a la mierda. Y no quiero ser brusca, ahora me toca ser profesional. Me coloco las gafas y, de reojo, percibo que su mirada se intensifica todavía más.

«¡Ignóralo!»

En el buscador me salen los pisos del barrio de Salamanca. Hay más de los que yo recordaba. Hace tiempo que no vendo ni alquilo nada por esa zona. Tengo tres, dos cerca del mío y uno en el mismo edificio.

—Hay tres —comento, mirándolo de soslayo.

—Quiero verlos, ¿podría ser ahora mismo? —Su tono de voz



es burlón, como lo es su semblante cuando lo miro. Se mece de un lado a otro en la silla giratoria, cómodo, como si fuera suya y estuviera en su casa. ¡Uf! ¿De qué va?—. Por cierto, me llamo Leonardo Ferrer.

—Eva Castillo —digo, ganando tiempo y pensándome la respuesta. Necesito que se vaya cuanto antes, tengo hasta fatiga por los nervios—. ¿Ha de ser ahora? Tengo que terminar algunas cosas.

—Dame un segundo.

Cierra los ojos y enseguida los abre, con un intenso suspiro. Vuelve a observarme como si no existiera nada más, con miradas poderosas, con un brillo que me descoloca. Es guapo. Aunque conmigo no tiene nada que hacer.

Me dedico de nuevo al ordenador mientras él, por fin, me libera de su escrutinio y rastrea en el móvil. Estoy un poco agobiada por su presencia y por el juego interminable y extenso de miradas que este tipo ha propiciado.

—Esta mañana, sí —confirma. Coge el bolígrafo que lleva sujeto al bolsillo superior de la cazadora motera y hace una cruz en mi catálogo—. Éste, quiero ver éste.

—Es el más caro —contraataco.

—Es el que más se ajusta a mis necesidades. —Chasquea los dedos, exigente—. ¿Algún problema con ese piso en particular, señorita Castillo?

—Ninguno, señor Ferrer. —¡Ja!, me he quedado con su apellido—. ¿Vamos?

¿Para qué dilatar más lo inevitable?

Me quito las gafas. Mientras apago el ordenador y rebusco las llaves en el cajón, no dejo de pensar. Que sea mi vecino no tiene por qué ser malo, coincidiremos en las zonas comunes y el ascensor. Nada raro. O no tendría que serlo. Pero me siento muy violenta, Leonardo Ferrer me mira de forma indiscreta. Sube y baja por mi rostro, me examina sin fingir que no lo hace y me está poniendo furiosa. Para colmo, vamos a tener que compartir coche.

—Adelante —le digo cuando me levanto.

Se pone de pie y dice que no despaio con la cabeza, cediéndome el paso. ¿Me querrá mirar el culo? Vaya mañanita...



—Iremos en mi coche.

—¿Por qué? —pregunta detrás de mí.

Me paro en la puerta y me pongo la chaqueta y el pañuelo que he cogido de la silla al levantarme. Evito estar pendiente de sus acciones, sin embargo, él intenta ayudarme. Yo se lo impido.

—Son las normas y... porque aquí mando yo —zanjo, tropezando al querer mostrar seguridad.

Me sujeta del codo, evitando la caída, y quedo de cara a él. Su expresión es taimada.

—A mi moto le encantaría que te montaras... —se regodea.

—¿Vas de listo?

—¿Te pongo nerviosa?

Sonrío con ironía.

—Oh, sí, no sabes cuánto. —Y añado—: Me ponen enferma los tíos como tú.

Le abro la puerta para que salga, pero se frena. Ahora sí me observa de cuerpo entero, deteniéndose en las piernas, en las medias. No se corta. Sube hasta mi discreto escote y se aprieta los ojos con los dedos.

Al volver a mí, me levanta la barbilla con el índice y hace que le sostenga la mirada. Me quema la piel, me la noto ardiendo como si tuviera una bola de fuego frente a la cara.

Leonardo Ferrer se da cuenta del efecto que me ha producido y da un paso más. Maldito canalla... Desvío la mirada, maldiciéndome.

Necesito aire, odio esto, no estar prevenida. ¿Por qué no puedo alejarme?

—Estás preciosa, Eva.

—¿Qué? —Confusa, analizo la frase y libero a mi verdadero yo—. No me conoces lo suficiente como para decir si lo estoy o, en todo caso, lo soy, ¿no crees?

Intento soltarme.

—No voy a llevarte la contraria.

—¿De qué vas? Sé cómo jugáis los hombres para obtener lo que queréis. —Le doy un manotazo. Su mano cae al vacío—. No vueltas a tocarme.



Entrecierra los ojos y yo no permito que me afecte ese gesto tan misterioso. Me prohíbo hacer cualquier tipo de tontería al no sentirme estable. Suspira repetidas veces, mirándome. Luego dirige la vista al suelo y de nuevo a mí.

—¿Tienes novio? —insiste tenso.

—Estoy casada, lo siento.

—No te creo —me reta con voz ronca.

Me observa los labios, tragando, sé que ansioso por dar el último paso y probar mi boca, pero se contiene, como lo viene haciendo desde que nos hemos visto. Es obvio que le he gustado, es tan evidente como que a mí me ha perturbado su presencia. Mi mirada se pierde en la suya. Me siento azorada y nerviosa al verme reflejada sus ojos.

—Conmigo te equivocas —aclara con cierta amargura, más cerca, sin importarle lo borde que he sido—. No soy como otros.

—Es lo que decís todos —replico, echándome hacia atrás, esquivándolo.

—Te lo repito —dice, bajando la mirada, tentándome con su boca entreabierta—, no soy como esos que parecen conocer.

—Para enseñarte un piso no me importa cómo seas —ataco directa a la yugular—. Pero por cierto, no me chupo un dedo...

—Si quieres... te lo chupo yo —ronronea.

Aumenta la cercanía, y se arriesga a llevarse el guantazo que se está buscando.

Su aliento me provoca, me resulta excitante su perverso y atrevido jugueteo sin conocernos, aunque no me incendia como necesito. Ya no siento nada. Me duelen las caricias, no soporto que un hombre me toque. No después de lo que sucedió cuando crucé las puertas de una casa en la que nunca debí entrar. Eso me marcará toda la vida, y no sólo en el cuerpo, sino también en el alma.

Lo que viví tanto dentro como fuera me perseguirá a cada paso.

—¿Vamos? —pregunta, destrozando el momento, alejándose. Conteniendo la respiración—. No voy a besarte, Eva.

Abro los ojos como platos, lo empujo lejos de mí y me aclaro la garganta. Se acabaron los rollos, no me va a ganar la partida.



—Ni yo quiero que lo hagas —le espeto mientras salgo, mirándolo por encima del hombro. Me tiembla todo, casi no me sostengo en pie, pero lo disimulo—. ¿Vas a querer el piso o has venido a hacerme perder el tiempo?

—Lo querré con toda seguridad.

Se guarda el bolígrafo que, aunque yo no era consciente, llevaba aún en la mano. Se coloca detrás de mí sin rozarme, pero alterándome, confundiéndome con su olor, con la amenaza que percibe mi cuerpo, mi mente, que me transporta a otro tiempo, y me murmura cerca del oído:

—¿Un café antes de empezar con la diversión?

«No dejes que te toreen.»

—Conmigo, poquita —ataco a la defensiva. Sin darle la cara—. ¿Te queda claro? De mí no vas a obtener nada más que un piso.

—Bien. Ya lo veremos. ¿Sabes por qué? —dice riéndose con malicia.

Aspiro, espiro. Me tiene al límite. No pienso mirarlo o nuestras bocas estarán tan cerca que se podrán tocar.

—Porque quiero un tú y yo solos. Recuérdalo.





2



Cómo empezó todo...

Un año atrás...

Mi vida como Leonardo Ferrer empezaba a ser organizada, estable, y eso me gustaba, me llenaba. Era poderoso e importante, la gente me respetaba y eso hacía que mi autoestima aumentara cada día, sobre todo con cada caso que como abogado defendía. Aquel día me preparé sobre las nueve de la noche.

Era invierno y en Las Palmas de Gran Canaria, donde estaba, extrañamente hacía un frío que calaba hasta los huesos. Fui a la sala y le dije a Carlota, la señora que se ocupaba de la casa, que me preparara la chaqueta y la corbata. Tenía una cena y quería estar elegante, acertado. Iba de oscuro, como casi siempre para cenas o eventos. Me miré en el espejo, me toqué el pelo y me lo engominé hacia atrás tras ponerme gel fijador en las manos.

Para esa ocasión especial dejaría el estilo motero. No quería cagarla. Acababa de afeitarme y tenía una cita con Viviana, la mujer con la que estaba compartiendo mi vida desde hacía siete meses.

Tenía pensado hablar con ella y proponerle que se trajera algunas cosas a casa, que pasara los fines de semana conmigo. Me proporcionaba todo cuanto necesitaba, tanto sentimental como sexualmente, así que ¿por qué no? Mi planteamiento era dar un paso más, formalizar poco a poco lo nuestro. Era hora de encauzar mi vida después de las dos carreras que había estudiado, derecho y arquitectura, y a las que había dedicado tanto tiempo.

En ese momento estaba centrado en una.

Mi trabajo de abogado en el bufete de mi familia había ido en aumento de una forma veloz, por lo que ahora disponía de una





pequeña fortuna. El apellido Ferrer era muy prestigioso en la isla, como lo había sido en Madrid, nuestra ciudad de origen, y eso me ayudaba en cualquier caso que quisiera defender. Todo iba viento en popa y preveía una noche grande. Con expectativas muy altas.

«Más le vale a Viviana estar a la altura», pensé con ironía.

—Carlota, no sé a qué hora llegaré —dije. Ella asintió y dejó las prendas que le había pedido sobre el sofá de cuero—. Si llama mi hermana Alba, explícale que tengo una cita y que mañana la pondré al día sobre el caso de divorcio que tiene que tratar, por favor.

—De acuerdo.

Terminé de prepararme y cogí el teléfono mientras salía de casa, camino del amplio garaje. Marqué el número de Viviana, presumiendo del móvil que acababa de adquirir. A los dos pitidos, ella respondió. Sonreí al oírla, estaba empezando a sentir cosas por aquella mujer.

—Hola, guapo.

—Hola, guapa. Ya salgo de casa —la avisé, sin dejar de sonreír, abrochándome la chaqueta. Un solo botón, el del centro—. ¿Qué has preparado para mí?

—Hmm... cositas buenas.

—Me pones malo, cardíaco y cachondo, lo sabes —me burlé. Di dos pasos, abrí el garaje con el mando a distancia y me detuve en la entrada. Me encendí un cigarrillo, y sonreí de nuevo al oír unos leves gemidos—. Eres una chica muy traviesa.

—Sí... ¿Tú qué haces?

—Fumar e ir a buscar el coche. Te he comprado una cosa.

—¡Me pones ansiosa!

—Venga —dije, soltando el humo—, nos vemos en quince minutos. Te doy un toque cuando esté fuera. Llevo coche, no quiero que te hieles.

—Te espero.

Viviana cortó la primera llamada y yo me guardé el móvil en el bolsillo derecho del pantalón. Estaba dando la última calada cuando unos pasos me alertaron de que algo sucedía. Eran enérgicos, resonando en el silencio. No me dio tiempo a volverme,



todo pasó muy rápido; en segundos estuve tirado en el suelo y sujetado por varios brazos.

—Vamos a joderle esa cara bonita al abogadoucho.

No entendía nada. Intenté zafarme. Di un puñetazo al aire y solté el otro puño con precipitación, pero recibí muchos más. De pronto, un pinchazo rápido en la mejilla me arrancó un grito ahogado que no llegó a salir de mi garganta, y me paralizó del todo. Un frío velo negro se cernió sobre mí.

Me desmayé de dolor.

Horas más tarde, noté que empezaba a recuperar la conciencia, con el cuerpo dolorido, casi inmovilizado. Tenía algo clavado en los brazos. Estaba en una cama, no la mía. Demasiado blanca, recta.

Me invadió la impotencia: era el hospital. Y lo que llevaba clavado serían agujas con alguna clase de medicamento.

—Esto no va a quedar así. —Oí a lo lejos la voz de mi padre, Víctor. Intenté abrir los ojos, pero me escocían, los tenía inyectados en sangre—. Todo apunta a un ajuste de cuentas, seguramente por un caso en el que Leo ha participado hace poco. Tenemos que averiguar cuál. Se van a pudrir en la cárcel.

—Quiero formar parte de esto —dijo mi hermana Alba. Apreté los párpados, controlándome—. Seremos un equipo, lucharemos los tres como sus abogados: mamá, tú y yo, pero... papá —se lamentó—, no va a llevar nada bien lo del corte...

—Se curará —intervino Claudia, mi madre; me pareció que estaba muy entera—. Con el tiempo le quedará cicatriz, pero no creo que sea necesario retocarla... Y a Viviana no la quiero ver en casa cuando todo esto pase. ¿Ahora mi hijo es un monstruo?

Quise gritar hasta desgarrarme la garganta. Con apenas unas palabras, las cosas habían quedado claras. La fría gasa que se posaba en mi mejilla derecha, cubriendo la que suponía era una espantosa herida, lo advertía, y para Viviana había pasado de ser un hombre atractivo a sentir un rechazo absoluto.

Tampoco podía culparla ni obligarla, pero me dolía y decep-



cionaba. No lo esperaba, pensé que me quería. Lo demostraba a menudo.

—¡Hacédselo pagar! —grité, arrancándome la gasa... Un chorro de sangre manchó la blanca sábana. Mi familia corrió a mi lado, desencajados—. ¡No me toquéis!

Desde ese momento, mi vida cambió, los planes de futuro que tenía se esfumaron y tuve que elegir un nuevo camino. Ya no quería programar nada... A veces, la vida te lo quita todo en un instante. Y debía olvidarme de Viviana. No me quedó más remedio y tuve que alejarme de mi familia, de mi trabajo.

Fue una venganza, así lo admitieron los culpables... Que estuvieran en prisión no me ayudó, yo seguía marcado por fuera y por dentro.

Aprendí a esconderme detrás de una máscara, en la oscuridad, para intentar recuperarme lentamente. Me mudé de vuelta a Madrid, a las afueras, pudriéndome en las riquezas que ya no podría brindarle a nadie, ocultándole mi paradero a mi familia, que respetaron mi decisión por el momento, sin perder el contacto. Con la única compañía de Carlota, mi fiel asistente.

Tuve que empezar de cero, dejar atrás a Leonardo Ferrer y pasar a ser otro hombre: Leo Torres. No soportaba ser rechazado por la gente..., por las mujeres. Y con esa idea, dos semanas después acudí al único local donde no tenía que mostrar mi imagen, ya que no era necesario que los que acudíamos allí nos viéramos, sino todo lo contrario. Ahí estaba el morbo y en eso consistía.

Entré en un juego peligroso al no saber con quién compartiría espacio, pero eso sí, disfrutando de buen sexo. Era justo lo que necesitaba. El local estaba cerca de casa. Y allí, en medio de aquella negrura... apareció ella.

—¿Hola? —preguntó una voz serena y dulce.

—Pasa.

